

llido con la misma— sencilla calma: como he dicho antes, soy viudo hace muchos años, y no tengo más familia que mis hijos. . . . Paso los días que el Señor me dá de vida, de este modo: al levantarme por la mañana, digo una oracion á mi Padre Dios; almuerzo lo que mis hijas me tienen ya preparado, y arrastrándome despues como puedo, salgo al campo con mi carabina. . . . A los pocos pasos que he andado fuera de mi casa, ya mi padre Dios me tiene un venadito como se lo he pedido en mi oracion. . . . Lo mato, vienen mis hijas, lo llevan á casa, y con la carne y los cueros, que mandamos vender, nos mantenemos ha muchos años.

Maravillado el Arzobispo, así de lo que decía el tullido, como de la sencilla ingenuidad con que lo relataba en su inimitable y pintoresca jerga, le instó á que dijera la oracion en que diariamente pedía el venado, á aquel Dios que con verdadera confianza de hijo llamaba siempre su Padre.

—¡Eso no haré, Padrecito; eso no haré! replicó vivamente el tullido.

—¿Pero por qué?

—Porque me dá vergüenza.

—Pero hijo mio, ¿no dices esa oracion delante de tu Padre Dios? . . .

—¡Ah! sí, Padrecito; pero mi Padre Dios. . . . Vámos, mi Padre Dios, es otra cosa. . . .

—Mira que yo te ruego que me la digas. . . . ¿Por qué no has de darme ese gusto. . . .

—Padrecito haré todo lo que su mercé me mande; pero eso nó, porque me dá mucha vergüenza.

—Pues eso es lo que ahora te pido. . . . Vámos, hombre, dame gusto; que eso no debe avergonzarte.

—Pero, Padrecito si esa oracion no la he aprendido en ningun libro, ni me la ha enseñado nadie. . . .

—Sea como fuere. . . . Dila.

—Pues mire, Padrecito, porque vd. no me lo tome á desaire se la diré. . . . Cuando me pongo, pues, de rodillas, á la mitad

de mi jacalito, le digo á mi Padre Dios. . . ¡Hé, Padre Dios! . . . Tú me has dado estas hijitas que tengo, y tambien tú me has dado esta enfermedad que no me deja andar. . . . Yo tengo que alimentar á mis doncellitas, porque ellas no han de ir á ofenderte. . . . Ea, pues, Padre mio, pónme aquí cerca un venadito, donde yo lo pueda matar, y así quedará socorrida esta pobre familia. . . .

El Arzobispo le escuchaba absorto, como si el Príncipe de la Iglesia aprendiese del infeliz tullido, y éste sin reparar en la admiracion de aquel, concluyó sencillamente.

—Esta es la oracion, Padrecito. . . . Y cuando la he dicho, salgo al campo seguro de encontrar lo que he pedido á mi Padre Dios, y lo encuentro siempre. . . . Y en veinte años que llevo de estar enfermo, nunca me ha faltado este socorro; porque mi Padre Dios es muy bueno. . . . muy bueno. . . .

## II.

¿Os asombra este prodigio? . . . . Dudais acaso de él, recordando que tambien vosotros pedís á Dios bienes y no os los concede? ¿Remedios y no os los dá? ¿Auxilios y no os los presta? . . . . Quizá el mismo tullido pueda daros tambien la clave del misterio. . . . Oid al mismo Arzobispo de Michoacan, que os dirá al oído muy bajo, pero muy bajo, quizá por no avergonzaros, que aquel pobre semi-salvaje de los bosques de América, invocaba á su Padre Dios desde el fondo de un corazon perfectamente resignado, que levantaba hácia El, como encarga San Pablo, sus *manos puras*, puras. . . . Tan puras que en los veinte años que llevaba de enfermedad, era su mayor falta haber apaleado á un perro, que le estaba comiendo un cuero de venado.

Con esto cesará á vuestros ojos el prodigio, porque no es prodigio que Dios cumpla lo que promete. El prodigio grande sería que dejara de cumplirlo. *Non vidi justum derelictum, nec semen ejus quarens panem.*

# DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.

RESP., TOMAS GONZALEZ.

TOM. V.

GUADALAJARA, MAYO 8 DE 1887.

NUM. 33.

## SECCION III.—Variedades.

### FIESTA GUADALUPANA

DE LA MITRA

### DE GUADALAJARA.

Espléndida y conmovedora, magnífica y brillante. En estas breves palabras se resume todo, en sencillas expresiones se condensa el lujo de primorosos detalles que formaron la festividad religiosa dedicada á María Santísima de Guadalupe por la Arquidiócesis de Guadalajara, el domingo 17 de Abril de 1887.

Un torrente de luz vertido por centenares de bujías de cera que ardan con vivida llama en las arañas del templo, quebraba sus ardientes resplandores en la pulida superficie de los soberbios mármoles de la Basilica, en los macizos barandales de plata de la crugia y en los múltiples marcos y bajo-relieves de oro que hacen de la Colegiata una verdadera joya, valiosa y artística, que sirve de terrenal morada á la amantísima Madre de los mexicanos. El conjunto de las luces era hermoso y deslumbrante.

Primorosas guirnaldas adornaban la crugia y barandilla del presbiterio en bien combinada disposicion, guirnaldas tejidas con pintadas rosas, con aterciopelados pensamientos, con fragantes y púdicas violetas, con rojos geranios, y unidas como con un broche de irreprochable blancura, con gruesos ramos de gallardas azucenas que llenaban de encanto la vista.

Revestido con su traje de Príncipe de la Iglesia mexicana, el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio Labastida, bajo el rojo y dorado docel, el sitio correspondiente á su elevado rango, distinguíase honrando con su presencia la fiesta de la Mi-

tra de Guadalajara. En otro sitio, el Ilmo. Sr. Fray Ramón Moreno, Obispo de Augustópolis, hijo de Jalisco, tomaba parte en tan brillante solemnidad, acompañado de los respetables señores capitulares de la Catedral de Guadalajara, D. Florencio Parga, orador renombrado. D. Guadalupe García, D. Rosalfo Ayala y D. Telésforo Medrano, siendo el segundo quien cantó la misa, diaconando los dos últimos señores canónigos acabados de mencionar. Asistieron tambien muchos Sres. Curas y Sacerdotes de la misma Arquidiócesis.

Concluido el Evangelio, y despues de recibir la bendicion del Ilmo. Sr. Arzobispo, quien concedió ochenta días de indulgencia á los fieles que oyésen devotamente el sermón, ocupó la Cátedra del Espíritu Santo el Canónigo D. Florencio Parga, dignísimo miembro del Cabildo de Guadalajara y de la respetable colectividad que vino en representacion del Ilmo. Sr. Arzobispo de la misma Arquidiócesis.

He ahí algunos datos de la festividad que la Arquidiócesis de Guadalajara dedicó á nombre de todos sus fieles, á la excelsa Madre de los mexicanos. En ella estuvimos todos representados y como si allí hubiéramos estado presentes, la Inmaculada Guadalupe recibió nuestras oraciones, oyó nuestras súplicas y ella nos protegerá y nos dará el consuelo.

Inmensa es nuestra alegría al ver que año por año va creciendo más y más el culto á la Virgen del Tepeyac. Cada día que pasa crece en nuestros corazones el amor hácia Aquella que quiso distinguirnos de las demás naciones. Profunda debe ser nuestra gratitud á la Virgen de Guadalupe, porque nos ha concedido la gracia de tributarle nuestras alabanzas, de rendir á sus piés nuestros corazones, prueba inequívoca de que á pesar de nuestros grandes pecados no nos desampara y siempre será nuestra Madre.

donde mi fé me dice que ha de partir la piedrecilla que desmenuzará sus piés de barro.

Lado sea Dios, señores, eternamente por mi Patria; porque si es una verdad que en todo el orbe católico quiere que su Purísima Madre sea el conducto por donde dispensa sus infinitas misericordias; si es verdad tambien, que á algunas naciones les ha concedido el especial patrocinio de la misma Virgen Purísima, bajo las advocaciones de la Virgen de Covadonga, del Pilar ó del Rosario, que tantas veces las llevó á la victoria contra los enemigos de su religion y de su suelo y les conquistó tantas glorias nacionales; tambien lo es que á México, de preferencia á toda otra nacion, le ha dado por Patrona á la propia Virgen María, sí; pero de un modo especialísimo, sin ejemplo, á la Virgen que desciende personalmente del cielo, que habla familiarmente con el más humilde de los mexicanos, y le dice dulcísimas palabras y le hace magníficas promesas de vida, de proteccion y de salud, y que por fin le deja su propia Imágen, estampada con colores celestiales, en ese cuadro divino, que de hoy más, será la más limpia é incomparable presea, la enseña sacrosanta del pueblo mexicano.

De aquí el que al examinar con la escrupulosa severidad que acostumbra la Santa Seda Apostólica, éste sin igual acontecimiento de la Aparicion de María de Guadalupe, autorizára á nuestra Iglesia para que cante solemnemente y sintetice toda la grandeza del hecho guadalupano, en estas brevísimas palabras: "A ninguna otra nacion ha sido hecha tal maravilla." NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.

¡Qué palabras, señores! Ellas vienen á abrir como con llave de oro y en el momento más oportuno, la parte más importante de mi discurso. En efecto: ved ahí, en esas mismas divinas palabras, satisfecha la pregunta que al llegar á donde yo he llegado, suele hacer la suspicaz razón humana: ¿dónde están los títulos fehacientes de ese acontecimiento del Tepeyac? Pues el primer título de nuestra

creencia y, por lo tanto, de nuestra esperanza sin límites en María de Guadalupe, lo teneis ahí, en ese lema grabado por el dedo de Dios en el glorioso Patadion de la Iglesia mexicana: NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.

Esas palabras de la Escritura Santa, fueron, en resúmen, las que halló más á propósito la Iglesia Universal, "columna y firmamento de la verdad," para fallar definitivamente en la gran causa llevada á su tremendo tribunal, acerca de la aparicion de la Virgen María en la Nueva España. La Iglesia de Dios habló por conducto del inmortal Benedicto XIV, y es negocio concluido. CAUSA FINITA EST. Desde entonces, todo católico mexicano tiene el derecho y el noble orgullo de levantar muy alto la voz para decir al mundo entero, mostrándole esa santa Imágen: ¡De rodillas ante María de Guadalupe de México! NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.

A los que por muy lamentable desgracia, han desertado de nuestra bandera y quieren empañar la mayor de nuestras glorias nacionales, yo me permito decirles, más que con justa indignacion, con caridad y compasion cristianas: Sea! no creais en la divinidad de la Iglesia católica; pero creed al menos en la integridad y honradez de un romano Pontífice de la talla del Sr. Benedicto XIV: no le hareis la injusticia, la ruin injuria, si obrais con lealtad, de decir que ha reconocido como cierto un hecho, sin serlo, sin constarle, sin examinarlo madaramente, cual cumple á un juez recto, sin pruebas plenísimas, tan claras como la luz meridiana. Y bien, si esto haceis, y no podeis menos que hacerlo como caballeros, confesais, querais ó no, la verdad del hecho de la Aparicion de María de Guadalupe. Si apesar de esto, por una inconsecuencia inconcebible, no lo veis como un hecho milagroso, ni os postrais ante María; tanto peor para vosotros. Compadecemos vuestra ceguiedad y vuestro orgullo, y pedimos á Dios y á la Virgen María de México, que os alumbren y os sanen.

No lo sé. Quizás no sea fuera de propósito el suplicar á mis hermanos extra-

viados, me dejen recitarles una página de lo que refirió á mis hermanos católicos de Guadalajara, desde el púlpito, cuando volví, hace algunos años, de esta capital, despues de visitar por primera vez este Santuario. "Tengo, señores, les decía, otra prueba de la Aparicion guadalupana: bien que es una prueba no de iaciocinio sino de sentimiento; no de mi cabeza, sino de mi corazon. ¿Porqué no he de contar lo que sentí al ver la sacrosanta Imágen, cuando no solo yo sino todos los que la ven con espíritu cristiano sienten lo mismo? . . . . .

Yo no sabré expresar con toda exactitud lo que experimenté luego que estuve bajo las bóvedas de la Insigne Colegiata.

¿Era mi sentimiento dominante la admiracion que causa aquel templo magestuoso, brillante de plata y oro; aquel santuario donde la arquitectura, la escultura, la pintura y otras artes han consagrado á Dios y á María, los más exquisitos primores del ingenio humano? No; otra cosa subyugaba mi espíritu: otra cosa ind-finible, inexplicable. Yo sentía un delicioso arrobamiento que no he sentido jamás en otra parte. Hay algo allí, extraordinario, divino, que ensancha el espíritu, que lo embriaga de emociones inefables, que convierte las horas en minutos y las penas del alma en un bienestar dulcísimo. ¡Oh! y cuando se tiene la dicha incomparable de llegar con cierto pavor ó yo no sé qué, á postrarse ante las gradas del trono de María de Guadalupe, la dicha de contemplarla de cerca, muy de cerca hasta casi poder posar los labios en sus plantas y regarlos de lágrimas de amor, de vez sin cansarse aquel semblante apacible y aquellos labios que sonrien para el que los mira, se difunde por todo el sér humano una impresion desconocida que lo trasforma, que lo levanta de la tierra, para que goce las purísimas alegrías de los cielos. El corazon oye, si puedo decir así, la voz de María; el corazon siente que una fuerza sobrehumana lo hace latir de extraordinario júbilo; y el hombre adquiere una nueva prueba de que la Virgen de Guadalupe, es prodigiosamente aparecida, y exclama una y mil veces:

"Por el Señor ha sido hecha esta maravilla." "Ahora, Señor, que tu siervo descanse en paz."

Sí, señores. Cuando se ve á la Virgen de Guadalupe, se siente, se palpa que es una obra del cielo, porque yo no sé qué luz, qué aureola divina la rodea, no sé que cosa hay en aquel cuadro, que atrae, que encanta, que hace doblar la rodilla y orar."

Eso dije entonces, y ahora agrego: Ved, sí, ved, hermanos míos muy queridos, aunque extraviados, esa prodigiosa Imágen, con buen espíritu, desnudo de preocupaciones, con solo deseos de abrazar la verdad; y así como en nosotros los creyentes, afirma más y más nuestra fé, así Ella misma, la Santa Imágen, por virtud divina, disipará en vosotros las dudas que os asaltan, os infundirá la fé que os falta; la fé, el mayor consuelo, la única dicha del hombre sobre la tierra. Ved ese nuestro glorioso estandarte que flamea sobre nuestro suelo hace más de tres siglos, y el cual, aunque de tosca tela y naturalmente propia para reducirse á polvo en brevísimo tiempo, allí está ileso y eternamente nuevo y radiante, porque no ha salido de ningun taller humano, sino de las manos de Dios: A SUMMO COELO EGRESSIO EJUS.

Oid, además, cómo los grandes maestros de la pintura declaran que no es posible á ningun pincel de hombre, dar esos toques, ni combinar, ni imprimir esos maravillosos colores; y por fin, escuchad otro testimonio que debe ser el más respetable y querido para vosotros: la voz de vuestros padres, la primera que os habló en vuestra niñez de este prodigio, y que todavía ahora parece que sale de la tumba, para confundiros é increparos; la voz de las pasadas generaciones, la tradición, en suma, nunca interrumpida de casi cuatro centurias, que viene legando de padres á hijos, ese riquísimo tesoro, y enseñando y creyendo la verdad de la Aparicion guadalupana, y haciendo resonar en este mismo Santuario y por todo México, perennes himnos de reconocimiento y amor á la Virgen de Tepeyac. Si á pesar de todo, creéis que vuestro dicho aislado, pues aislados estais ante la inmensa mayoría de los mexicanos, vale más que el testimonio de

## SERMON

*Predicado por el Sr. Chantre D. Florencio Parga, en la Insigne Colegiata de María Santísima de Guadalupe de México, el día 17 de Abril de 1887, al ser celebrada la solemne función que anualmente corresponde á la Arquidiócesis de Guadalupe.*

*A Domino factum est istud,  
et est mirabile in oculis  
nostris*

ps. 117, v. 23.

Jamás he sentido tan vivas y tan encontradas emociones, como en estos momentos supremos. Mi pecho rebosa de júbilo inmenso, junto con no sé qué nube de tristeza que hay en mi espíritu; de satisfacción inefable, mezclada con cierto embarazo é insuperable temor. Y sin embargo, si bien se mira, la explicación de este estado extraordinario y hasta cierto punto contradictorio de mi espíritu y mi corazón, es muy sencilla, y sin duda no se os oculta, hermanos míos. Dios me ha concedido, á mí, el mayor de los pecadores y el último de los sacerdotes, un favor que nunca me habría atrevido á pedirle, que ni siquiera había yo podido imaginarme: el de ocupar alguna vez esta cátedra sagrada y poder dirigir desde ella mis pobres alabanzas, mis expresiones de amor, de gratitud y de profundísima veneración, á mi Madre y mi Reina, la Virgen María de Guadalupe.

¿Quién soy yo, oh Dios bueno, para que Vos, sin cuya voluntad no se mueve ni la hoja del árbol, dispusiérais que mi Ilustrísimo Prelado y el V. Cabildo de Guadalupe me dispensaran la altísima y en absoluto inmerecida honra de enviarme aquí, á este lugar, *elegido y santificado* por la Reina de los cielos, para que á nombre de aquella ilustre Corporación y de todos los fieles mis hermanos de nuestra vasta Arquidiócesis, rinda, ante todo, pleito-homenaje á la Soberana Emperatriz de México y Reina del Universo; le dé cuenta del infinito amor que allá le profesamos, y de

ahí le exponga nuestras más graves necesidades, con la esperanza, la seguridad que tenemos de que Ella, la Virgen poderosa, misericordiosa y clemente como la llama la Iglesia; Ella la *Madre de la Santa Esperanza*, según la Sagrada Escritura, las remediará indefectiblemente, pues puede y quiere hacerlo; porque es la Madre de Dios, y somos y nos gloriamos de ser sus esclavos, al par que sus hijos?

Y bien! Una misión como la mía, en esta ocasión solemne, misión que tengo de desempeñar ante Aquella á quien de hijos sirven y aclaman los ángeles del cielo; ante Aquella á quien, aunque en Imágen aquí en la tierra, yo me juzgaría por muy dichoso en contemplar toda mi vida, desde el vestíbulo de esta Basílica, porque esa su verdadera Imágen, obra de sus propias manos, milagrosamente estampada en ese lienzo bendito, solo aquí es dado verla; una comisión de esta naturaleza, ¿no es, señores, más que suficiente para abrumar, por una parte, mi débil inteligencia, hacerme temblar y entristecer por mi falta de luces, y por otra, para hacer también que mi corazón palpite reciamente henchido de regocijo y de satisfacción inmensa? . . . ¡Oh, sí, sin duda alguna!

Dicho se está, hermanos míos, el asunto que vá á ocuparme en estos felices instantes; indicado el objeto grandioso que de mi lejana Diócesis me ha traído á esta tierra bendita, llena de divinas armonías, alumbrada perennemente con los resplandores que, de ese cuadro celestial, mira brotar á raudales mi ardiente fé de peregrino.

Precisaré aún más ese asunto, si os place, para mayor claridad. No puede ser más sencillo; hélo aquí: Dios salvador y misericordioso, es quien ha hecho germinar y arraigarse en la conciencia pública, la convicción de que en María de Guadalupe, y solo en Ella, está vinculada nuestra esperanza de remedio para nuestras más ingentes necesidades sociales; supuesto que creemos, y deben creer todos, porque así lo persuade la recta razón, en su Aparición maravillosa en estas colinas, para protegernos como á ninguna otra nación. A DOMINO FACTUM EST ISTUD, ET

EST MIRABILE IN OCULIS NOSTRIS. Por el Señor ha sido hecho esto, y es admirable á nuestro ojos.

DIGNARE ME LAUDARE TE, VIRGO SACRATA. Permite ya, oh Virgen Sacratísima!, que mi torpe lábio prorrumpe en tus alabanzas, y cante tus glorias y te refiera nuestras penas. Torpe, sí, es mi lábio; pero Tú misma puedes alcanzarme la gracia divina que lo toque y purifique, como la que purificó los labios de Isaías, al tocarlos un ángel con carbones encendidos. Sea así, por tu poderosísima intercesión. AVE MARIA.

POR EL SEÑOR HA SIDO HECHO ESTO Y ES COSA MARAVILLOSA EN NUESTROS OJOS.—*Salmo citado.*

¿Cómo llama la atención de todo hombre pensador ese movimiento religioso y social, nunca tan acentuado como hoy, de todo México, en torno de su Reina, María de Guadalupe! Se está cumpliendo, una vez más, á la letra, este oráculo de la Santa Escritura: "Levanta tus ojos al derredor y mira: todos estos se han congregado, vinieron á tí: tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas de todas partes se levantarán." Ah! Es preciso que una grande idea, una idea salvadora, haya germinado, unísona y espontánea en todos los espíritus, y que un mismo sentimiento abraza con llama inextinguible todos los corazones. Y cuando esto sucede en toda una sociedad, en toda una nación, esa idea y ese sentimiento, deben ser y son una especial y expresa inspiración de Dios. Y entonces es lícito decir con toda verdad y con la fé de los antiguos cruzados: "adelante, adelante, Dios lo quiere." *"Por el Señor ha sido hecho esto y es admirable á nuestros ojos."*

Los hombres, por hábiles y elocuentes que sean, podrán arrastrar en pos de sí, ó de un objeto da lo, en fuerza de su fascinadora palabra, y sobre to lo, de sus halagadoras promesas, casi siempre mentidas, un grupo popular, más ó menos numeroso, que, en to lo caso, á poco se disuelve y abandona con el mayor desprecio á los mentirosos tribunos. Dios solamente es quien,

apiadado de las desgracias de las naciones, sabe y suele en su misericordia infinita moverlas duraderamente sin resistencia, sin sacudimientos desastrosos, con la facilidad que una madre mueve á su pequeño, y encaminarlas hácia donde está su felicidad, su salvación, su grandeza y su gloria.

Llámesese ese movimiento, si se quiere, instinto de conservación, tan natural en el individuo como en la sociedad. Enhorabuena; pero como ese instinto Dios lo ha impreso en nuestro ser, Dios mismo es quien lo despierta y lo impulsa por una gracia extraordinaria, cuando ese instinto se adormece, se enerva, y casi se extingue, como sucede en una nación trabajada como la nuestra, por malhadadas discordias, y por tremendas desdichas cansada y doliente. Entonces es cuando en lo más íntimo del alma, suelen oír los pueblos estas palabras de Jesucristo dichas en otro tiempo á un paralítico: "Levántate y anda." SURGE ET AMBULA.

En obediencia de esta omnipotente palabra, el pueblo católico mexicano, hoy día se levanta y marcha, como el antiguo pueblo de Dios. ¿Hacia dónde? Hacia una tierra más hermosa que la tierra prometida, peregrina hácia un Santuario más rico que el templo de Salomón, porque en esa tierra y ese santuario mora la Virgen de Guadalupe, la Reina del cielo, que protege y ama á México como á ninguna otra nación.

Así, pues, yo que no soy en el mundo católico, más que un átomo, he tenido que seguir ese poderoso movimiento religioso, he hecho la voluntad de Dios, lo mismo que todos mis hermanos católicos que llegan aquí, día á día, de todos los ámbitos de nuestra patria. *Por el Señor ha sido hecho esto y es admirable á nuestros ojos.* Dios, no me canso de repetirlo; Dios es quien conduce á la nación mexicana; Dios quien la advierte de un modo palpable, que aquí ó en ninguna parte, será curada del cáncer que devora sus entrañas, será libertada de las cadenas con que intenta arteramente y en son de pacífica conquista aherrarla su mortal y poderoso enemigo, el coloso del Norte, pues de aquí es de